

Recordar, compartir, aprender

Alicante

Ginesa García Simón, 67

Víctor Manuel Sanchis, 22

“MI VIDA ES EL MAR”

La historia de Ginesa es una historia de contrastes, de luces y de sombras, de libertad y de encierro. No puede evitar sonreír cuando relata el sueño de su vida: “Mi vida es el mar”, comenta, añorando la posibilidad de vivir en una casita junto al mar, junto a ese mar de su tranquilidad, de su libertad: espejo de su soledad, de su constancia por sobrevivir, pese a las incansables mareas. Ir para volver, volver para ir. “Mi vida es el mar”.

Ginesa García Simón no habría podido imaginar durante su infancia en Jumilla, su ciudad natal, que su futuro iba a estar ligado inexorablemente a la ciudad de Alicante y al Mar Mediterráneo que la baña. Fue una víctima más de la dura posguerra. A los catorce años tuvo que emigrar a la costa en busca de las posibilidades que le negaba un pueblo de provincias, junto a su familia, su madre, sus hermanos.

Detalles misteriosos, recuerdos indelebles han llegado hasta el presente en la mente de Ginesa. El miedo, el miedo a la noche, a la oscuridad, a lo cerrado, marcaba ya la personalidad de aquella niña. Recuerda las largas salidas de su madre en busca de dinero vendiendo aceite en el mercado negro, mientras ella dormía, cuando las pesadillas imaginando a su madre en manos de otros hombres la despertaban a la realidad. Su madre, viuda desde muy joven, vendía aceite en el comercio de estraperlo para poder mantener a sus dos hijos. No podía darse cuenta esa niña que estaba enfrentándose a su destino, que escuchaba con inocencia los suspiros de su madre, los suspiros de su vida.

Ya en Alicante, vivir en un barrio humilde, entrar a servir en alguna casa de posibles eran prácticamente las únicas salidas. El optimismo asomaba sólo al ver a su hermana en un colegio especializado: la niña había sufrido secuelas de meningitis y quedó sordomuda. La pobreza, la miseria, los esfuerzos por sobrevivir, fregando escaleras, sirviendo casas, se mezclaban tenuemente con la honradez, con el buen nombre y las inacabables batallas de las apariencias. Tal vez por eso gastaron el sueldo en una tarta para la superiora del colegio de su hermana, el día de su santo. Luces y sombras. Olas que rompen en la orilla para después marcharse.

Cuando habla de su marido se encienden las luces, el sol penetra en su primaveral casa del Pasaje Venezuela mientras los recuerdos nos trasladan a una época lejana en el tiempo, tan próxima en la memoria. Aquel chico guapísimo, al que casi no puede describir (hace ya tanto tiempo), parecido a Richard Geere, menos narizón, emigrante también de provincias, despierta en la memoria de Ginesa las palabras más cálidas. Su relación empezó como empezaban las relaciones de otra época: el tímido chico se decidió a pedirle relaciones a su madre, que respondió, (¡ay! si lo hubiera sabido) con una carcajada, y lo envió delante de Ginesa. Le pidió que fuera su novia. Sonrojada, no pudo más que hacerse de rogar, respondiendo un “necesito pensarlo” que acabaría significando muchos años de noviazgo y matrimonio. Ardía la juventud en aquel chico misterioso y guapo que se escondía tras el tranvía para mirar el vaivén de los pechos de la joven cuando corría miedosa camino de casa, el mismo chico de bigote que trató de besarla, y que sólo consiguió una bofetada por respuesta. No obstante, la desconfiada Ginesa, acabó cediendo a sus encantos. Luego llegaron años de matrimonio feliz, y de tres hijos maravillosos.

Pero las sombras llegaron. El azar jugó una mala pasada. Treinta y tres años, la misma edad con la que murió su padre. La casualidad del destino la llevó a buscar su futuro en el pasado. La misma triste historia que se escondía tras los suspiros de su madre. Diez años de matrimonio, dos hijos, otro en camino, y Ginesa perdió a su marido, atropellado por un camión. Igual que su madre, quedó sola, sin sus padres, sin su marido, pero con tres hijos por los que seguir luchando. Revolver en las sombras más trágicas de su pasado le cambió el tono. Podemos imaginar la dura travesía por el calvario de un sufrimiento que sólo comprenden aquellos que lo han sentido. Después vinieron las depresiones, los desvíos psicológicos, las luchas contra su conciencia, contra la educación de sus hijos. Nueve operaciones, muchos pasillos de hospital y camas de psicólogos. Ansiedad, asfixia, problemas de corazón la llevaron a urgencias alarmada una noche cualquiera. Recuerda con nitidez las palabras del médico. “¿Usted canta?”, le preguntó. “Pues para curarse necesita chillar, dar golpes, romper

Recordar, compartir, aprender

cosas". Los nervios acumulados, la tensión, el drama de una historia escondido en el fondo de su corazón, bastante sano, por cierto. La desconfianza hacia el diagnóstico desapareció con las palabras de una vecina curandera. La misma mirada consolatoria dio en el clavo de sus problemas, le dijo lo mismo que el médico. No podía ser casualidad.

Pero Ginesa gritó, cantó, rompió los lazos que apretaban su corazón. Ahora, después de 33 años de viudez, es feliz. Sonríe. Sonríe contigo y se ríe de ti. No encuentra ningún detonante para haberse convertido en el alma de la fiesta del centro de mayores del barrio alicantino de Los Ángeles. Tan sólo el tiempo, partidario ahora de la felicidad, ha cerrado las heridas de una vida extenuante. Ginesa sonríe y está dispuesta a viajar, con escasos recursos. Estar en casa la atrapa, la devuelve a un tiempo de oscuridad que va quedando lejos. Bailar (con mujeres) y acceder un poco más al saber, tan al margen de su vida, son ahora sus próximos proyectos.

No extraña que prefiera la alegría, el sol de Sevilla, que desdeñe el cielo gris, triste, de Santiago de Compostela. Tampoco que su sol y su mar alicantino hayan sido las mejores medicinas, ni que sueñe a escondidas con una idílica casa junto al mar. Luces y sombras. Olas que vienen y van en el camino de la vida en busca de la felicidad que Ginesa parece haber encontrado en esta etapa de su vida.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

No tiene dudas Ginesa a la hora de contar qué es lo que más ha valido la pena de sus 66 años de vida: sus hijos. Sus tres hijos han sido la tabla de salvación a la que ha tenido que agarrarse desde aquel fatal accidente. Recuerda que sólo pensaban tener dos hijos, pero que sabía la ilusión que su marido tenía por tener una hija, y Ginesa intentó tener otro hijo, que nació varón y sin haber conocido a su padre. No entiende por qué hay familias que sólo tienen un hijo, con lo solo que tiene que crecer. Tampoco las historias de palizas de padres a hijos. Hubiera dado cualquier cosa, hasta su vida, por la felicidad de sus hijos. No cambiaría por nada (tal vez por una Primitiva millonaria que le permitiera ayudar a sus hijos a comprarse un piso) esos días malos en los que está seria y tan sólo un comentario, un abrazo, una sonrisa de sus hijos consiguen cambiarla.

La vida le ha enseñado a sufrir, a luchar, a mirar hacia delante pese a que no podía dejar de mirar hacia atrás. La tragedia iba unida a las escasas posibilidades económicas de la familia. Pero la vida siguió, con la desdicha a cuestas, acuciada por la pobreza, minimizada con la sonrisa de sus hijos que le han contagiado a Ginesa las ganas de reír, de gastar bromas, de bailar, de aprender y de viajar. Ginesa todavía no ha montado en avión, y yo creo que ya va siendo hora.